

El lunes pasado fue mi cumpleaños.

El lunes cumplí diez años.

Diez.

Eso es un uno con un cero después.

—Ahora tienes dos números, Jette. ¡Felicidades! —dijo papá.

Es una sensación chistosa tener dos números. Hay gente que incluso alcanza los tres números. Cien años. ¡Y aún más! Como Héctor, la tortuga gigante del zoológico.

Todavía me acuerdo de cuando el tío Jonás estaba sentado junto a nosotros en el balcón, el sol brillaba muy fuerte en el cielo, y papá y mamá hablaban de un vecino que

acababa de cumplir ciento un años. El tío Jonás bostezó:

—¿Ciento un años? ¿Quién diablos quiere cumplir ciento un años?

Papá lo pensó un momento y dijo:

—Probablemente alguien que tenga cien años.

Emil sólo cumplió seis años.

Esa edad sólo tiene un número. A Emil le hubiera gustado cumplir siete años. Seguramente. Cumplir años y, en algún momento, llegar también a los dos números, en lugar de estar siempre aquí en el cementerio. Qué palabra tan rara: cementerio. El tío Jonás dice que éste se llama “Jardines de la Paz”, porque aquí la gente finalmente te deja descansar en paz. Pero yo creo que eso no es cierto. El tío Jonás a veces dice cosas muy raras. Cuando yo pienso en un jardín me imagino algo muy diferente.

En la calle donde vivimos, por ejemplo, hay casas junto a otras casas, y en la parte de atrás está el jardín. Ahí están los basureros, y a



veces al amanecer encontramos pájaros muertos en el pasto, porque se estrellaron contra las paredes de las casas en la oscuridad de la noche: ¡pum!

Mi viejo cuarto da hacia afuera, hacia la calle, y eso casi siempre me desesperaba, por el ruido de todos los coches que pasan por la calle día y noche. Ahora tengo el cuarto de Emil, que da hacia la parte de atrás, al jardín, y que es mucho más silencioso. Cuando Emil estuvo enfermo, necesitó silencio por mucho tiempo. Mucho mucho tiempo.

En realidad, Emil estuvo enfermo toda su vida. Por lo menos, desde que me acuerdo. Y soy casi tres años mayor que él. Todo empezó con su sangre, y en algún momento su cuerpo se puso tan enfermo desde adentro que ya no se pudo hacer nada para curarlo.

Hoy hace un año murió mi hermano Emil. Cuatro días después de mi último cumpleaños de un solo número. Se murió en su cuarto. Con vista al jardín. Y yo estuve ahí.



Bueno, en realidad no estuve ahí cuando se murió, sino cuando ya se había muerto. Papá fue por mí a la escuela en su coche, me sacó de clases, poco después de las once. Yo no sabía qué estaba pasando. Durante el camino a casa no dijo ni una sola palabra. Sólo veía fijamente a la calle. Muy fijamente.

—¿Papá? ¿Qué pasa? ¿No fuiste a trabajar hoy?

No me respondió.

Entonces me di cuenta de que algo no estaba bien.

En la casa Emil estaba acostado en su cama, como siempre cuando estaba dormido, boca arriba.

Yo no puedo dormir boca arriba, pero Emil sí. La cabeza inclinada un poco hacia un lado, los ojos cerrados, las manos debajo de las cobijas, muy quieto. Y muy pálido, como yogur. Me le acerqué porque pensé que sólo estaba

dormido, le toqué la cara porque lo quería despertar.

—¡Emil, Emil, despierta, tienes que despertar, ya son más de las once! —dije.

Pero mamá quitó mi mano de la cara de Emil y empezó a llorar. Primero muy quedito, pero luego cada vez más fuerte. También por la nariz. Entonces salieron cosas de su nariz. Mocos, muy líquidos. Mocos con agua, quizá.

—Emil está muerto —dijo papá. Y eso fue lo primero que me dijo ese día.

—Emil está muerto.



Mamá y yo nos quedamos sentadas mucho tiempo junto a la cama de Emil. Mamá le acariciaba la cabeza sin decir nada.

Papá hablaba por teléfono. Caminaba nervioso por el pasillo y hablaba muy quedito.

En algún momento tocaron el timbre y dos hombres de traje negro aparecieron en la puerta del departamento. Tenían una mirada muy rara.

—Ahora tienes que despedirte de Emil, Jette.

Papá me había puesto las manos sobre los hombros y me habló al oído, tan quedito que casi no lo escuché. Sus manos estaban muy frías y temblaban. Hasta ese momento entendí que era en serio. Que le diría por última vez “Adiós” a Emil. Que esta vez era diferente de cuando lo llevaban al hospital.

Lo miré una vez más. De verdad parecía como hecho de yogur. En realidad, no parecía Emil.

—Adiós, Emil —dije.





Y eso fue todo. Papá, mamá y yo nos fuimos a la cocina, y mamá volvió a llorar, esta vez más fuerte, pensé: “Ay, nunca más va a dejar de llorar”.

Algunos minutos después oí cómo los dos hombres salieron del departamento y cómo papá cerró la puerta detrás de ellos.

Cuando fui al cuarto de Emil, él ya no estaba.

En el cuarto de al lado escuché a mamá llorando, y creo que a papá también. De repente yo también me puse muy triste y me senté en la cama vacía de Emil y empecé a llorar. Muy quedito.